

LA LEY Y LA CONCIENCIA

Hojeando la prensa extranjera, todo el mundo ha podido leer hechos nuevos en la historia de la Iglesia católica, que difícilmente encontraríamos precedentes para ellos. Algunos sacerdotes católicos holandeses han decidido casarse y —a pesar de las normas eclesiásticas— seguir ejercitando su ministerio después del matrimonio; un grupo de 43 sacerdotes franceses han abandonado sus funciones religiosas en señal de disconformidad con el episcopado francés; un obispo católico estadounidense, monseñor Shannon, por disconformidad con la encíclica sobre la regulación de nacimientos, ha dejado sus funciones episcopales y ha contraído matrimonio —sin pedir ninguna dispensa eclesiástica— con una joven episcopaliana; el control artificial de nacimientos, tan rigidamente negado por la Iglesia, es desobedecido por la mayoría de los católicos en casi todos los países, al menos occidentales; un católico —casi pietista— como el ex padre Evelyn ha publicado un libro, «El Evangelio sin mitos», donde destruye la excesiva mitificación religiosa que en otras obras suyas más antiguas aceptaba más o menos plenamente, y en conversaciones que hace tres o cuatro años eran inconcebibles, se defiende por muchos creyentes el divorcio como la cosa más natural en el futuro para los católicos. Y, sin duda, muchas de estas actitudes tienen razón de ser.

Del lado opuesto al progresismo apreciamos el mismo fenómeno. El famoso «abbé» de Nantes —que en España ha sido recibido a bombo y platillo por los católicos tradicionales— sustenta que su respeto para lo que representa Pablo VI no está reñido con su repulsa del Concilio Vaticano II porque, aparte de no ser infalible, está en contradicción —según él— con la tradición católica, y apela para ello a la evidencia de su propia conciencia creyente. La *Legión de María*, una organización de la más pura esencia conservadora y espiritualista, se encuentra en Francia con la enemiga del Comité francés, que no quiere seguir más esta línea, a pesar de la insistencia de los dirigentes internacionales, de pura cepa irlandesa. Y varios *Comités integristas* se oponen a las nuevas reformas de la liturgia de la Misa, y siguen manteniendo su amor por el latín y por las antiguas formas que ésta adquirió en el siglo XVI, durante las polémicas antiprotestantes.

La norma eclesiástica, que había sido hasta ahora guía y norte del catolicismo, está en declive, y ya ni los más conservadores la valoran.

Pero no es esto lo más significativo, sino el abandono y desprestigio en que han caído las cosas que, hasta hace poco, se consideraban más sagradas: ciertas normas morales, determinadas afirmaciones doctrinales y muchas actitudes espirituales.

A algunos, cuando ven esto, les parece como si un tornado hubiera hecho irrupción en la Iglesia y, en poco tiempo, quisiera destruir todo lo que pacientemente se había construido desde el Concilio de Trento para aquí, dando una fisonomía muy característica a las costumbres y pensamientos de la Iglesia.

Pero este juicio —si nos llevase a unas consideraciones puramente asustadizas y moralizantes, como les pasa a algunos— sería completamente superficial. Lo importante es ver la causa humana que ha producido esto, y apreciar, sobre todo, lo que con razón va desmontando este «tornado», para aceptarlo sin miedo ni aspaviento alguno.

Todo está —en mi opinión— en la confusión que ha producido en nosotros, los católicos, una educación religiosa demasiado disciplinar. Se nos enseñó que la norma eclesiástica era lo primero, y que cumpliéndola conseguíamos ser unos cristianos ejemplares. No fuimos acostumbrados a ahondar en su sentido, ni en las razones o sinrazones que la establecieron: el colmo de nuestra perfección era ante todo su más ciega aceptación. Pero Bousquet, un excelente pedagogo, ha señalado el fallo de esta crisis educativa, religiosa y no religiosa, así: «Ningún método de mantenimiento del orden es educativo en sí». (J. Bousquet, *Movimiento de Juventudes y Educación*.)

Por eso, cuando empezamos a salir de nuestra minoría de edad espiritual, hemos hecho en ocasiones como muchos adolescentes hacen: decir «ancha es Castilla». Al adquirir un mínimo de sentido crítico, y ver que muchas de estas normas educativas carecían de fundamento, hemos dado de lado no sólo a la disciplina, sino a veces también a la moral, porque creíamos engañosamente que, por cumplir esas normas, éra-

mos ya hombres de criterio. Y así nos hemos hecho *amoraless*, sin darnos cuenta.

El salto ha sido inconsecuente, pero explicable, y, eso sí, de fatales consecuencias para el futuro religioso.

Bien está —y yo lo he predicado y seguiré predicando siempre— que saltemos por encima de las leyes eclesiásticas irrazonables, aunque sean muchas. Es más: debemos conseguir que éstas pierdan su aspecto condenatorio y sean simples reglas del juego para la convivencia religiosa: eso es imprescindible.

Pero la moral es otra cosa; la moral pertenece al ser humano —sea o no creyente— y es la honradez, la lealtad, el amor desprendido, la justicia, el afán de liberación, el apoyo mutuo y la cooperación, reglas que siempre debemos vivir para poder progresar. Y al saltar por encima del legalismo exterior, no podemos perder estos valores.

Habíamos olvidado las esencias de nuestra más tradicional enseñanza moral: que la ética y el derecho, en vez de ser una ley exterior y aplastante, deben ser «ordenación de la razón» (Santo Tomás). Porque —según este seguro teólogo— hasta lo sobrenatural debe estar sometido a este imperio de la razón.

Ordenación de la razón —humana y vital— debe ser la ley divina o eclesiástica. Y aplicación de la razón a lo concreto de mi vida es la conciencia; porque no es ésta —según la más tradicional doctrina católica— un sentimiento de culpa, sino un ejercicio serio de nuestro más razonable juicio.

Por eso, una y otra ni pueden ni deben estar enfrentadas. Y cuando lo estén, no tenemos otro recurso, para salir del dilema, que acudir otra vez a la razón: «El hombre debe gobernarse por su propia razón», decía ya en el siglo XIII Santo Tomás de Aquino en su tratado *De Veritate*.

Cuando la ley moral o la ley eclesiástica no están sometidas a este ejercicio de la razón por parte del creyente, estamos abocados a lo que nos ha ocurrido frecuentemente: a convertirnos en *amoraless*. A parecer —y ser— así menos morales que los que no son creyentes, porque éstos —si son conscientes— no han tenido más remedio que construir su propia vida autónomamente, gobernándose por la razón que tenían disponible, la suya propia.

Ante un hecho cualquiera, ante un problema humano, han tenido que preguntarse los no cristianos (como hizo Marx, Kropotkin, Freud o Russell): ¿Qué pide la razón —con ayuda de lo que las ciencias sociales y naturales han descubierto— al desarrollo humano? ¿Qué es lo que mejor y más fomenta este progreso del hombre, no sólo individualmente, sino, sobre todo, socialmente? Y la respuesta ha sido bastantes veces más seria, más humana y más moral, por tanto, en muchos de estos no creyentes, que las irresponsabilidades humanas —progresistas o integristas— de bastantes católicos actuales como reacción infantil al perder la cáscara artificial que vivieron.

Es lástima que no hayamos conocido mejor lo que ayer —hace por lo menos treinta años— encontraron algunos especialistas católicos —como el profesor seglar E. Gilson, o el pensador religioso padre Sertillanges—: que la moral tradicional, en sí misma, es una moral sin obligación; no es una moral legalista, sino una moral que deduce de las cosas mismas —y de las relaciones humanas— su norma: la moral no viene de fuera, sino de dentro de la realidad.

Lo que no tiene razón de ser, lo que no es conveniente, lo que razonablemente no desarrolla al ser humano individual y socialmente, no es moral por mucho que se legisle sobre ello, diciendo que está dictado desde el Sinaí o desde la Curia eclesiástica. La moral tradicional «es una moral del bien, y no del deber» (P. Sertillanges, O. P.).

Por eso nuestra educación moral nunca debió ser hecha a base de disciplina, sino de convencimiento y razón. Y la inconsecuencia mayor es que todavía gran parte de la autoridad eclesiástica siga ahorrando la ley exterior y exhorte angustiosamente a su cumplimiento, sin pensar que la fuerza de la misma está en las razones que se puedan aportar a su favor, y no en otra cosa. Y si no existen estas razones, de nada sirve ese caparazón exterior, que sólo hará autómatas morales hoy y amoraless mañana.

En el católico que sea consciente de la esencia misma del catolicismo, ley y conciencia se unen en la propia razón, en lo que Ortega llamó «razón vital»; que no es un conjunto de elucubraciones descarnadas, sino el hombre viviendo y desarrollando la realidad toda —la suya y la de su circunstancia— con la ayuda de la ciencia psicológica, sociológica o natural.

MIRRETT MAGDALENA